LA PERSONIFICACION EN *RECUERDOS DE PROVINCIA*: LA DESPERSONALIZACION DE D. F. SARMIENTO

POR

WILLIAM J. NOWAK

Princeton University

Es difícil leer *Recuerdos de provincia* (1850) como una autobiografía, según las normas que se suelen identificar con ese género. Desde el principio de esta evocación de los antepasados y precursores espirituales de Sarmiento, la política inspira y determina la forma del yo en el texto, hasta tal punto, que no se sabe a ciencia cierta si la fuerza de ese 'yo' expresa la vivencia de una persona real o la política de un partido ilustrado. Más que autobiografía *sensu strictu*, *Recuerdos de provincia* es un autorretrato político, escrito para defender el nombre del autor contra sus rivales y para expresar una visión del destino de la Argentina, personificada en la imagen de Sarmiento¹. Sarmiento es creyente firme en la eficacia de las letras, y no duda de que la personificación, en su autorretrato de una Argentina meritocrática, va a redimir su nombre de la calumnia de los rosistas. La «nobleza democrática... del patriotismo y del talento»², que aparece en todas las anécdotas sobre los parientes de Sarmiento que incluye en su autorrepresentación, le asegura a ese profeta del futuro argentino un sitio de honor en la opinión pública. Es más, su creencia en el poder de la palabra escrita también le convence de que su actitud ilustrada

¹ Michel Beaujour distingue entre la autobiografía, que según él cuenta la historia de lo que una persona *ha hecho*, y el autorretrato, el cual pretende describir cómo una persona *es*. En la autorrepresentación de Sarmiento (un término conveniente por ser más neutro) se encuentran elementos que podrían conectarla con ambos: la autobiografía y el autorretrato. Su forma, a causa de la falta de cronología, liga *Recuerdos de provincia* con el autorretrato, pero las razones políticas, por las cuales se escribió la obra, la vinculan a la vez con la autobiografía. Beaujour explica esa distinción entre autobiografía y autorretrato en «Autoportrait et autobiographie», en *Miroirs d'encre* (Paris: Seuil, 1980), pp. 7-26.

² D. F. Sarmiento, *Recuerdos de provincia* (Barcelona: Ramón Sopena, 1968), p. 7. Las demás referencias a esta obra aparecen en el texto.

va a 'inyectarse' en sus lectores³. Al igual que Sarmiento incorpora al otro en su personificación de la patria en el texto, despersonalizándolo, el lector de esa personificación del carácter nacional también quedará incorporado a la visión del futuro que Sarmiento encarna en su propia autorrepresentación. Así, en *Recuerdos de provincia* conviven y se apoyan entre sí una imagen autobiográfica y un proyecto político para la reconstrucción del alma nacional.

Por tanto, un punto de partida conveniente para leer esta autorrepresentación política es el reconocimiento de que el 'yo' de Sarmiento en *Recuerdos de provincia* no es un yo personal y privado, un yo de muros adentro, sino que se trata de un 'yo' público para el consumo nacional. Si esta auto-mimesis más que nada se escribe para iniciar un proceso revolucionario en la percepción del carácter nacional, entonces ese 'yo' es un ente político por esencia, a pesar de la forma autobiográfica que Sarmiento le da. Como tal proyecto político, la autorrepresentación nacional de Sarmiento debe tener un precio político, como cualquier intento de transformar un país. Y, en efecto, abundan en el texto indicios de que hay un precio que pagar por las estrategias usadas por Sarmiento para transformar la 'personalidad' nacional. Dejando a un lado el sacrificio de la individualidad del yo que encarna esta visión política —el propio yo de Sarmiento—, un rastro importante de ese precio es el tratamiento despersonalizador del otro en el texto. Es ese otro el que provee la sustancia principal para el yo comunitario de la obra. Para incorporar a ese otro en su autorretrato, Sarmiento describe su yo como la suma de todos los argentinos preclaros. Las biografías de ellos son los andamios que van a sustentar la personificación de la nación en el 'yo' de Sarmiento.

De hecho, el otro, representado conforme a los fines de ese proyecto de redefinir el carácter nacional, paga un precio bastante alto con la forma empobrecida que tiene en el texto. Evidentemente, los requisitos de la reconstrucción de ese 'yo' nacional no dejan un espacio libre para el retrato 'realista' del otro, a quien, al contrario, se describe de una manera más manejable y debilitada que verosímil. Lo inconsecuente, lo irracional e inexplicable, lo accidental de la personalidad del otro, lo que está fuera del propósito político del retrato central al que sostiene, todo lo verdaderamente personal del otro, no aparece en el texto de Sarmiento. Todo el proyecto de la personificación nacional en Sarmiento puede remontarse a una postura autoritaria y despersonalizadora hacia el otro. Al

³ David Viñas describe el proyecto de modernización que los liberales románticos, como Sarmiento, intentaron realizar a través de la eficacia de las letras en su *De Sarmiento a Cortázar*, 2.^a ed. (Buenos Aires: Siglo Veinte, 1974), p. 14.

apropiarse del otro para su ejemplo político, Sarmiento desnaturaliza su unicidad y lo convierte en otro eslabón despersonalizado para la cadena ilustrada con que él va a arrastrar a su país hacia la modernidad europea. De este modo, su reducción despersonalizadora del otro es un indicio textual del precio político que sirve de base a *Recuerdos de provincia*. La justificación de tal precio, para Sarmiento, es un realismo político que ha formado la experiencia propia, autobiográfica. Esta autoridad totalitaria por parte del 'biógrafo de sí mismo' nos revela la actitud política de un hombre que hace de su propio yo un instrumento mediante el cual quiere ejercer poder sobre el otro, el otro que él quiere corregir de acuerdo con sus conceptos de lo ideal para el futuro de la Argentina.

Cuando se considera el resultado de esa mezcla de la mimesis autobiográfica y la visión política, tal vez lo que más llama la atención es la presunción descarada de un proyecto político-autobiográfico que pretende reconstruir la historia y el presente de la Argentina a través de la propia personalidad del autor. Sarmiento no parece tener el menor escrúpulo en representar a los otros, contemporáneos y antepasados, como meras facetas de su propio yo. Dicho de otro modo: no tiene escrúpulo en mentir acerca de la realidad autónoma del otro que se apropia para su ambiciosa autorrepresentación política. Aunque se acepte el embuste en el campo de la literatura, no es fácil aceptar que la mentira debe formar una parte integral de una acción política como la que pretende ser la obra de Sarmiento. Sin embargo, en su ensayo sobre la mentira política, Hannah Arendt afirma que la mentira le es imprescindible al político. Según Arendt, la mentira política es una necesidad de la acción política, y hasta define esa acción. Sin la mentira no se puede hacer nada que sea nuevo, porque hacer algo nuevo implica la destrucción o, al menos, el reemplazo de lo antiguo. Cualquier acción que pretende cambiar la realidad, sea política o de otro tipo, requiere la libertad de estar en desacuerdo con el *statu quo*. Si el que pretende cambiar la realidad no tiene la libertad de negar la realidad de los hechos, de suspender la tiranía del presente, no hay medios para fraguar la coyuntura de los hechos que se desean, una coyuntura de las cosas como deben ser.

Según Arendt, hay un enlace íntimo entre la capacidad de mentir y la de actuar. Dicho enlace asegura que «la negación premeditada de la verdad de los hechos —la capacidad de mentir— y la habilidad de cambiar los hechos —la capacidad de actuar— son interdependientes; deben su existencia a la misma fuente: la imaginación»⁴. *Recuerdos de provincia*

⁴ Arendt escribe: «... the deliberate denial of factual truth — the ability to lie — and the capacity to change facts — the ability to act — are interconnected; they owe

trata de añadir otra capacidad a esa serie de mentiras que se relaciona con la imaginación. A la mentira política, Sarmiento asocia la capacidad de representar los hechos con palabras, la mimesis. La síntesis entre el empeño de representarse en el otro y el empeño político de cambiar a ese otro es tan acabada en la autorrepresentación de Sarmiento, que la 'poetic fallacy' de ser él la Argentina personificada viene a ser una mentira política que representa mal a la realidad a fin de cambiarla. Su mimesis es una mentira política, y la imaginación que las une sirve la voluntad política que se oye en el 'yo' despersonalizador de *Recuerdos de provincia*.

La despersonalización de los que forman parte de la personificación comunitaria de Sarmiento no es, aunque lo parezca, producto de un megalómano inconsciente. Aunque la forma sencilla que les da a los otros, en efecto, los convierte en espejos útiles para el 'yo' de la obra, esta representación del otro tiene un fin bien definido, del que no escapa ni el propio yo de Sarmiento. Su plan de establecer una meritocracia a través de su autorrepresentación, algo que ya ha señalado Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo, necesita un cambio de perspectivas con respecto al concepto del yo⁵. En este contexto de la meritocracia, el yo tradicional, que se define sólo según la herencia genética, ya no vale. Como escriben Altamirano y Sarlo, *Recuerdos de provincia* es una obra estratégica de una vida ejemplar. La megalomanía aparente de Sarmiento es un ejemplo didáctico para sus lectores. Al leer la autorrepresentación de Sarmiento, ellos deben aprender a vivir del mismo modo. La actitud del 'yo' nacional hacia el otro, quien sólo existe en cuanto le proporciona a ese 'yo' algún provecho, es la nueva actitud política que Sarmiento quiere inspirar en sus lectores. Pero hay que subrayar que el 'yo' de Sarmiento representa a la nación y no a una persona real ni a un individuo megalomaniaco. Entonces no es Sarmiento, sino la nación, quien se aprovecha de los individuos constituyentes de este autorretrato político, e incluso los yos 'preclaros', como el de Sarmiento, se sacrifican por ese proyecto político. Una vez más, la forma que Sarmiento se da en este texto remite a una finalidad política.

La biografía, tan hermana de la autorrepresentación para Sarmiento,

their existence to the same source: imagination» (Hannah Arendt, «Lying in Politics», en *Crises of the Republic* (New York: Harcourt Brace Jovanovich, 1972), p. 5.

⁵ En «Una vida ejemplar: la estrategia de *Recuerdos de provincia*» (*Escritura*, V, 9 [enero-junio 1980], pp. 3-48), Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo escriben que «Sarmiento está convencido de que un libro puede hacer la fortuna de un hombre. Este, que es un sentimiento de época, adjudica al talento la responsabilidad del fracaso o del éxito de una meritocracia» (p. 30).

ya le había demostrado, al escritor y hombre público, su eficacia como medio político con la publicación de *Facundo* en 1845. En ese texto también Sarmiento usa la personificación de las categorías políticas como recurso para esbozar sus creencias y su proyecto nacional. Por supuesto, son obvias las diferencias entre el ejemplo positivo de Sarmiento en *Recuerdos de provincia* y el ejemplo negativo del caudillo Facundo Quiroga, el 'gaucho malo' perfecto, y «un tipo de la barbarie primitiva»⁶. Facundo ejemplifica, para Sarmiento, el aspecto negativo del ser humano, el cual es bárbaro, bruto, feroz; pero ese lado negativo del ser humano es también poderoso y, por eso, muy importante para un aspirante al poder como Sarmiento. Como corresponde a esa importancia del ejemplo de los rosistas, Sarmiento define sus lecciones sobre el poder y las critica en forma biográfica, al igual que él hará con su propio ejemplo más tarde en su autorretrato. En *Recuerdos de provincia*, Sarmiento expresa su preferencia por el género autobiográfico (aunque lo llama 'biografía') cuando escribe que ella

... es la tela más adecuada para estampar las buenas ideas; ejerce, el que la escribe, una especie de judicatura, castigando el vicio triunfante, alentando la virtud oscurecida (RP, p. 7).

Entre *Facundo* y *Recuerdos de provincia*, pues, se dan estos dos lados de la 'judicatura' literaria encontrados en la autobiografía, el género literario que describe (y recrea) las vidas. En *Facundo* se castiga el triunfo de Rosas con la personificación de su régimen en la persona de su súbdito sangriento; en *Recuerdos de provincia*, Sarmiento alienta su propia 'virtud oscurecida', estampando sus propias 'buenas ideas' sobre la 'tela' de la sociedad de la Argentina a través de su autorrepresentación nacional.

Con el objeto de darles más fuerza a sus palabras autobiográficas, Sarmiento se llama su propio biógrafo, tomando para sí un aire de objetividad que es completamente ficticio. Sylvia Molloy insiste sobre el carácter ficticio de esa objetividad. Afirma Molloy que esa presunta objetividad 'biográfica' es imposible, puesto que no hay un «yo fuera del yo»⁷. El yo no puede salirse para examinarse como se examina algo objetivamente, y su radical subjetividad imposibilita tales pretensiones de objetividad científica. Sarmiento probablemente se dio cuenta de la imposibilidad de sus afirmaciones de verdad objetiva. Aun sabiendo la ficción de su objetividad, podría muy bien haberla ignorado conscientemente, en confor-

⁶ D. F. Sarmiento, *Facundo* (Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1977), p. 86.

⁷ Sylvia Molloy, «Inscripciones del yo en *Recuerdos de provincia*», en *Sur*, vols. 50-51 (enero-diciembre 1982), p. 133.

midad con la necesidad de velar su mentira política detrás de la apariencia de verdades objetivas y procesos inevitables, como la teoría de los grandes hombres⁸. En todo caso, Sarmiento niega la subjetividad de su autorrepresentación cuando dice, desde el principio, que la verdad dictó sus páginas y que la necesidad las justificó. Acto seguido, desenmascara la naturaleza ficticia de esa objetividad diciendo que su monumento literario, autorizado por la verdad misma, es completamente relativo al momento de su enunciación. En este pasaje escribe que su autorrepresentación debe «su existencia a circunstancias del momento, pasadas las cuales nadie las comprendería» (RP, p. 7). Así es la concepción de la verdad para el político, cuya única verdad se inventa para la necesidad del momento, iluminada por una visión del futuro deseado.

Se debe recordar que tal concepción de la verdad existe también tras la actitud del escritor que se enfrenta a la tarea de reducir la realidad a palabras. La escritura requiere a menudo el recrear la realidad con arreglo a un objeto que se cree ser más importante que una verosimilitud rígida (sea ése un fin didáctico, estético o moral). A veces, el escritor 'miente' acerca de la realidad que describe sólo para representar mejor la experiencia de vivir. Me parece que Sarmiento entendió esta semejanza entre el escritor y el político en cuanto a las actitudes sobre la representación de la verdad, ya que, en su texto, los recursos del escritor sirven el objetivo del político y reflejan su voluntad de mejorar la realidad conforme a su visión. Tal vez espera demasiado de esta analogía cuando cree que su capacidad de controlar y formar de nuevo la 'realidad' en su texto se traducirá en una capacidad de controlar y reformar, de rehacer, la sociedad argentina. Por otro lado, tal vez no exagera demasiado, pues él llegó a ser presidente, y, como tal, ejerció mucho poder, aunque no tanto como al punto delirante de reescribir la historia de su país en su propia imagen, como lo hace en *Recuerdos de provincia*.

Una manera menos teórica de entender la expresión de la voluntad de este político sobre sus lectores es la de evaluar los efectos tangibles que la personificación de Sarmiento causa en la representación del otro. Es

⁸ Además de señalar la estrategia de Sarmiento de aparecer como un «yo comunitario», Molloy hace resaltar un episodio constitutivo del 'yo' de *Recuerdos*, que parece indicar que Sarmiento intuye que su autorrepresentación es una ficción. El episodio de Na Cleme, la supuesta bruja del vecindario, le ofrece a Sarmiento un ejemplo de colaboración con el público para crear un personaje eminente por su excentricidad, al igual que lo que él hace en su autorrepresentación política. Así, lejos de contar la verdad objetiva de su vida, cosa que es imposible de todos modos, Sarmiento elabora conscientemente un personaje que satisface sus necesidades políticas a base de un ejemplo «de lo excesivo, la brujería y el poder», así como Na Cleme elabora su propia reputación fantástica (véase Molloy, p. 140).

decir, habría que seguir la variedad de métodos de despersonalización, que indican en el texto el precio político del proyecto de personificar el carácter nacional. Para empezar, cito un ejemplo del efecto despersonalizador que tiene el 'yo' nacional de Sarmiento cuando su sombra cae sobre su tía, Paula de Oro. Cuando ella se filtra por la perspectiva revolucionaria de su sobrino, termina representada de la siguiente manera:

Blanda de carácter como una paloma, grave y afectuosa a la par como una reina, y *un tipo de la perfección* de la madre de familia entre nosotros (RP, p. 33; subrayado mío).

Aquí Sarmiento reduce la realidad heterogénea del otro a una imagen más sencilla y más manejable, una imagen que él puede manipular dentro de su esquema literario. En vez de tratar de presentar la unicidad de su tía, Sarmiento recurre a lugares comunes de la retórica, como el símil. La compara con una paloma (un animal y menos que humano) y con una reina (un estado que ella, probablemente, desconocía casi por completo). Finalmente, y mucho más significativo para comprender la actitud de Sarmiento, la tía de Sarmiento queda convertida en un «tipo», anónimo por ser universal, aun cuando se trata de un tipo de la perfección. Esa 'ella' le es muy útil a Sarmiento porque la transforma en espejo de su voluntad.

La tipificación del otro es muy común en *Recuerdos de provincia* y es uno de los recursos más despersonalizadores que usa Sarmiento para realizar su personificación del carácter nacional. Personificación que es también una despersonalización, pero del yo, no del otro, algo que describiré más adelante. Ni siquiera su propia madre se escapa de la pluma despersonalizadora del hijo ambicioso. Ella también se encuentra reducida a un tipo que le conviene a los propósitos literarios y políticos de Sarmiento. La madre juega un papel importante en la alegoría de los cambios revolucionarios en la perspectiva y las costumbres que su hijo espera realizar. En el texto, estas luchas por el alma nacional se inscriben en la querella familiar de los Sarmiento acerca de si deben sacar de la casa o no los santos y la higuera, los símbolos del pasado. La madre, en el contexto de esta alegoría, es la digna «personificación de la Providencia», quien se convierte en el símbolo del *ancien régime*. Al final del episodio, como podía esperarse, ella se ve ahogada por los «hábitos y gustos que no eran aquellos de la existencia colonial de que ella era *el último y más acabado tipo*» (RP, p. 113; subrayado mío).

Otra clase de despersonalización del otro que se usa en el texto es el de reducir una persona a una cosa. Así, su tío Domingo de Oro se

reduce a «la palabra viva, rodeada de todos los accidentes que la oratoria no puede inventar» (RP, p. 53). Como se da en todas las anécdotas biográficas de sus antepasados y parientes, Sarmiento aquí se prefigura a sí mismo en esa imagen de Domingo de Oro, quien es el precursor más importante de Sarmiento, el nuevo argentino. Oro es una especie de Juan Bautista en el texto; es el que prepara el camino para el actor principal. Y él, además de la metonimia de «la palabra viva», también se reduce a la categoría de un tipo. Para Sarmiento, Oro «ha dado el modelo y el tipo del futuro argentino, europeo hasta los últimos refinamientos de las bellas artes, americano hasta cabalgar el potro indómito» (RP, p. 55). Se entiende que ese «futuro argentino» es, sin duda, el mismo Sarmiento. La fuerza vital de América (la 'barbarie' criticada en *Facundo*) y la sensibilidad culta de Europa (la 'civilización' figurada en la imagen central de *Recuerdos de provincia*) se enlazan en la personalidad del escritor visionario de ambas obras. Son imágenes como ésta de Oro, el «futuro argentino», que mezcla en sí la cultura europea con la vitalidad americana, las que indican que Sarmiento no ha olvidado la promesa que hizo en *Facundo* de aprovecharse de «las lecciones crueles e instructivas» aprendidas de Rosas sobre el poder político⁹. Esas lecciones sobre el poder son evidentes en la manera en que Sarmiento trata de triunfar en la América bárbara para cambiarla, según su visión, en una sociedad mejor, ilustrada, europea. En *Recuerdos de provincia* espera realizar esa visión, y lo hace sin preocuparse del precio de ese cambio sobre la realidad del otro real, americano. Sarmiento espera que la realidad americana —tipificada y categorizada— se rinda más fácilmente a la política europeizante.

Además de la tipificación, el otro se reduce a una forma más plástica al reducirse a una sola característica. Ese método de despersonalización es muy parecido a la tipificación de personas que simbolizan a toda una era histórica (como la madre de Sarmiento) o a papeles sociales o actitudes religiosas. Se describe al empleado de Fermín Mallea, por ejemplo, como «la dulzura por excelencia» (RP, p. 22). No hay que dudar de que ese colmo de dulzura cumple su papel en la anécdota que se cuenta sobre él, ni que esa anécdota, a su vez, cumpla un papel en el esquema de Sarmiento. Por lo demás, no se sabe nada sobre la personalidad del hombre, porque no cuenta para nada. No convendría decir más de lo necesario sobre el hombre. Todo puede controlarse en el texto biográfico, según las necesidades y la voluntad del autor; no existen 'accidentes' que incomoden la 'palabra escrita', como los que formaban parte del contorno de la «palabra viva», Domingo de Oro, un hombre real. Para Sarmiento, en

⁹ *Facundo*, p. 237.

este texto, los otros no tienen un papel autónomo, o una existencia, fuera de los que él les adjudica para cumplir la autorrepresentación de la patria.

Por supuesto, el empleado de Fermín Mallea es un personaje insignificante dentro del gran esquema de la obra. Pero su ejemplo es una muestra de la actitud de Sarmiento hacia el otro dentro y fuera de su texto. Sarmiento no oculta los planes que tiene para la Argentina si sus compatriotas aceptan la visión de sí mismos y de su destino, una visión y un destino que llegan a ser de todos los argentinos. Altamirano y Sarlo señalan que el propósito de Sarmiento en este texto es ejercer una influencia real, didáctica, sobre el otro, a través de la lectura de su autorrepresentación. La experiencia de la lectura de las autobiografías de grandes hombres, como Cicerón o Franklin, es para Sarmiento una experiencia transformadora. «Yo me sentía Franklin», dice Sarmiento para describir esta experiencia de la lectura eficaz, la cual espera compartir con sus propios lectores, para que ellos sientan, a su vez, que son Sarmiento, o sea, la nueva Argentina personificada¹⁰.

David Viñas aclara que esta especie de creencia en la «eficacia excepcional de las letras» era común en la época, común entre los lectores del sector social al que se dirige Sarmiento. Viñas les llama a éstos los «liberales románticos», y añade que, aun entre ellos, Sarmiento era «ejemplar»¹¹. Aun si Sarmiento se destacara, incluso de entre ellos, por la fuerza de su creencia en las letras, ese contexto explica, hasta cierto punto, su idealización del poder de la lectura en el mundo extra-literario. O al menos lo hace menos excéntrico. «El libro idealizado —escribe Viñas sobre los liberales románticos— se hace Biblia y el escritor se propone como 'elegido' en reemplazo del sacerdote en una sociedad que se quiere laica»¹². El texto autobiográfico de Sarmiento apoya una especie de sentimiento religioso, una fe en la palabra escrita. Esta concepción del poder cuasi religioso de la autobiografía se hace evidente en pasajes como éste:

Yo creo firmemente en la transmisión de la aptitud moral por los órganos, creo en la inyección del espíritu de otro por la palabra y el ejemplo (RP, p. 100).

Para respaldar la concepción de la naturaleza humana que abarque tanta influencia potencial de la palabra y el ejemplo, Sarmiento termina el párrafo mencionando el poder de la Biblia y el del ejemplo carismático de Jesucristo. No debe sorprendernos que la interpretación del cristianis-

¹⁰ Altamirano y Sarlo, pp. 10-11.

¹¹ Viñas, p. 14.

¹² Viñas, p. 15.

mo de Sarmiento sea sin excepción racionalista y ética; ésa es la actitud moral hacia la vida que quiere transmitir y el «espíritu» que él quiere inyectar en el alma nacional.

El deseo de inyectar una Ilustración europea en el carácter argentino es lo que determina la representación despersonalizada del otro en *Recuerdos de provincia*. La realización de ese anhelo, como Sarmiento debía haber sabido, implicaría un cambio bastante violento y desgarrador en la sociedad argentina. La despersonalización, por tanto, es un tipo de violencia mimética, justificada —como cualquier mentira poética o política— por un fin más elevado que la violencia *per se*. Otro modo de llevar a cabo esta despersonalización del otro en el texto, que es probablemente el tipo más radical en el proceso de reconstruir un alma más moderna para la Argentina, es la transferencia del nombre propio de una persona a otra. La transferencia de identidades sugiere la transferencia de espíritu (y quizás aún de 'ser' en su sentido más elemental) que intenta efectuar la escritura autobiográfica de Sarmiento. Hablando de José Castro, el sacerdote modernizador que lleva el *Émile* de Rousseau debajo de la sotana, escribe:

¡Ay! y qué lástima es que aquel Sócrates, propagador en San Juan de los preceptos más puros de la moral evangélica, no haya dejado nada escrito sobre su interpretación del espíritu de nuestra religión... (RP, p. 102).

En este pasaje, no sólo Castro se convierte en un 'Sócrates', sino también, por extensión de la importancia dada a la ausencia de una obra *escrita* de ese 'Sócrates', el propio Sarmiento se convierte a sí mismo en un tipo de 'Platón'. Un 'Platón' que ahora suple esa ausencia y trae el ejemplo meritorio de Castro a sus lectores, al igual que Platón escribió las palabras y el ejemplo de su maestro.

En otro pasaje, Sarmiento recurre a la transferencia del nombre propio cuando describe un poeta argentino como el «Quintana del Río de la Plata». En ambos casos, además de sugerir la transferencia del espíritu, sugiere también un ataque contra la individualidad de cada persona usada en la ecuación de personalidades. Es la misma idea sobre la que se fundamenta su concepción de la lectura, según la cual la persona se vuelve (más o menos) otra persona —verbigracia, el escritor— o, por lo menos, adopta su identidad dentro de un contexto específico. Es como si quisiera atacar la categoría del nombre propio, como el último refugio de unicidad y especificidad en el reino verbal. A diferencia de los pronombres, que son completamente contingentes y contextuales y no tienen una esencia

fuera de las relaciones intercambiables de la enunciación¹³, los nombres propios deben referirse a un individuo único, a un 'otro' que mantiene una identidad a través del tiempo, el espacio y las limitaciones de la enunciación.

Sin embargo, Sarmiento los usa como si fueran —si no tan plásticos como los pronombres— casi tan transferibles como adjetivos. Nótese la cualidad adjetival de los nombres propios en esta frase:

Era elocuente el fraile como un Cicerón, cuyo idioma poseía sin rival; profundo como un Tomás; sutil como un Scott (RP, p. 30).

Al igual que en otros pasajes del texto, en los que una persona se apropia del nombre propio del otro, en éste se nota el proceso de la «inyección del espíritu» que Sarmiento quiere causar con su obra. La fase final del proceso sería la revolucionaria, en la que se cambiaría la concepción íntima del yo y su posición ante la sociedad. En *Recuerdos de provincia*, el yo se presenta como un papel público, un rol social, del que el ciudadano se apropia para cumplir ciertas funciones en circunstancias específicas; el yo es, por eso, transferible, a cierto grado, casi como un pronombre personal dentro de un discurso social o nacional. Si uno es o actúa como si fuera un elocuente, luego es o se apropia del nombre de un 'Cicerón'; si es profundo, es un 'Tomás', y si es sutil, entonces es un 'Scott'. Y si se es las tres cosas a la vez, se es, sin duda, un 'Sarmiento'.

A la sombra de las imágenes de estos grandes hombres, las identidades de la gente común (pero real), dentro del texto de Sarmiento, se despersonalizan y se manipulan para complementar el propósito central y autoritario de Sarmiento. Sólo los «yos» que logran un sitio privilegiado en algún campo de la vida social tendrán la oportunidad de ver convertir sus nombres en adjetivos para el discurso nacional. Entonces, cualquier persona que se parezca a ellos, aun en lo más mínimo, podrá tomar sus nombres como un indicio de sus propias cualidades u obras. La esencia del otro se pierde en este proceso de cooperación en el proyecto del gran hombre, del yo excelente. Pero el hecho de que el yo unificador de *Recuerdos de provincia* sea un tipo de yo nacional, tiene consecuencias irónicas, al menos si esperábamos que el autor fuera un megalománfaco. Como he dicho antes, el proceso de reconstruir el carácter nacional supone una despersonalización, no solamente del otro, sino también del yo, en la obra de Sarmiento. Hasta la propia identidad de Sarmiento se tipifica y se reduce a una imagen útil en el plan grandioso mediante el cual se va a

¹³ Émile Benveniste, «La nature des pronoms», en *Problèmes de linguistique générale* (Paris: Gallimard, 1966), pp. 251-257.

crear el nuevo argentino. Se explica esta disolución del yo, que debe trascender una visión política cualquiera, quizás, en parte, por el deseo de Sarmiento de aparecer como un yo comunitario, ligado inherentemente al pueblo y al pasado nacional. Al seguir los dictámenes de sus estrategias políticas en su autorrepresentación, Sarmiento no sólo despersonaliza al otro representado en su texto, sino que también se despersonaliza a sí mismo. Por irónico que sea, se disminuye su individualidad en comparación con lo que era en realidad, porque en su autorrepresentación dice ser más grande de lo que era en realidad: desde luego, el Sarmiento real no era la Argentina personificada.

No era la Argentina moderna, sino un hombre. Sin embargo, quiso representar a su país, quiso personificarlo para aprovecharse, de nuevo, de esas lecciones de Rosas. Al explicar el triunfo de Rosas en la Argentina, Sarmiento escribe que la unidad superior del ejército rosista, comparado con el de sus enemigos, se debía al hecho de que los hombres de Rosas seguían a una *persona* en vez de a una causa intelectual. «Rosas ha triunfado de sus enemigos por esta unidad de hierro, que hace de todos sus satélites instrumentos pasivos, ejecutores de su suprema voluntad¹⁴. Si el lector lee la despersonalización de los otros —sus propios «satélites» en su autobiografía— al lado de la personificación de su causa política, empieza a entender que esas lecciones en el arte político, las que Rosas le impartió, no se le olvidaron a Sarmiento. Entre estos dos aspectos de su autorrepresentación (la despersonalización del otro y la personificación de la causa en una persona), Sarmiento trata de incorporar la realidad del poder de los caudillos americanos —como él lo entendía— a su proyecto civilizador y europeo.

Para complementar la lectura de *Recuerdos de provincia* como parte de un proyecto político de personificación, cuyo precio es la despersonalización, conviene ahora pasar a un análisis de los elementos autobiográficos del texto. Puesto que quería efectuar un cambio de perspectiva política en sus lectores, ¿cómo ejercer mejor la influencia de la literatura que con la autobiografía o el autorretrato? La autobiografía, y en grado menor la biografía, son los únicos géneros literarios con una referencialidad explícita a la 'realidad' fuera del texto, según señala Philippe Lejeune en *Le pacte autobiographique*¹⁵. Firmada con el nombre propio del autor, la autobiografía se fundamenta en el pacto de decir la verdad, de representar la realidad como era y como es, en vez de una 'realidad' mimética de 'cómo debía ser y cómo debe ser'. Por eso, la autorrepresentación es

¹⁴ *Facundo*, p. 173.

¹⁵ Philippe Lejeune, *Le pacte autobiographique* (Paris: Seuil, 1975).

el vínculo entre la ficción y la realidad que responde mejor a los propósitos de Sarmiento, a pesar de que los estudios más recientes sobre la autobiografía cuestionan esa llamada realidad llevada a cabo por medio de la escritura autobiográfica. En tanto que se acepta la verosimilitud de la historia del testigo ocular, el testigo de su propia historia, la forma autobiográfica hace que el texto de Sarmiento sea más convincente. Pero la naturaleza del 'yo' de su autorrepresentación política no se amolda bien al tipo de pacto de expectativas del que habla Lejeune.

Como ejemplo del poder excepcional para la referencialidad del nombre propio, Lejeune describe el vértigo que produce la idea de la naturaleza vacía de los pronombres en el concurso de una pieza de teatro, cuando se considera a quien se refiere el «yo» pronunciado por una actriz en el escenario:

Le vertige doit commencer à nous prendre, car l'idée effleur alors même le plus naïf que ce n'est pas la personne qui définit le «je», mais peut-être le «je» la personne—c'est à dire, qu'il n'y a de personne que dans le discours ¹⁶.

Lejeune propone remediar ese vértigo referencial, y escapar de la conclusión inquietante de que el yo no es más que una función discursiva, mediante el uso del nombre propio. El considera que esa categoría verbal especifica la unicidad del referente. Los nombres propios expresan la realidad heterogénea, única, del individuo, al que se refieren hasta un grado superior a la capacidad normal del lenguaje. «C'est donc au nom propre —concluye Lejeune— que l'on doit situer les problèmes de l'autobiographie» ¹⁷. De ahí su concepto de un 'pacto autobiográfico' entre el escritor y el lector, un pacto que se basa en el nombre propio del autor, su nombre, su palabra de honor. El tratamiento, por parte de Sarmiento, de los nombres propios, sin embargo, problematiza la idea de Lejeune. Como ya se ha visto, la transferencia de los nombres propios pone en escena el problema de la referencialidad del yo. En lugar de una entidad autónoma, el 'yo' de *Recuerdos de provincia*, junto con los nombres propios que lo constituyen, se transforman en meras funciones del discurso político. En efecto, para Sarmiento no hay yo fuera de la patria, la cual determina la autorrepresentación de Sarmiento; su discurso patriótico determina todos los aspectos del yo retratado en su texto. Hasta sus juguetes de la niñez, «santos y soldados», tienen un sentido simbólico para este revolucionario del yo.

¹⁶ Lejeune, p. 20.

¹⁷ Lejeune, p. 22.

Tal revaluación radical de la esencia del yo como un ente de la *polis*, a pesar de que recuerda a la antigua Grecia, representa una ruptura decisiva con respecto a la idea tradicional del yo y su definición dentro de la sociedad en la que vivió Sarmiento. Para algunos estudiosos de la autobiografía, como Georges Gusdorf, este aspecto revolucionario de la autorrepresentación de Sarmiento indicaría algo elemental en el cultivo del género autobiográfico. Gusdorf dice que un requisito previo de la autobiografía es la disolución de la estructura tradicional de los mitos sociales. Con la autobiografía, el que escribe se otorga la libertad de crear su propia estructura mítica, aparte de la que recibe de la sociedad. (Esta es, por cierto, una libertad creativa muy parecida a la que Arendt reclama para los políticos.) Convertidos en «responsable agents» (agentes o actores responsables), que se liberan de los mitos tradicionales acerca de la vida y la sociedad, los miembros de la sociedad moderna empiezan a preocuparse por sí mismos y sus propias contribuciones a la sociedad. Esa sociedad es ahora inestable, y está caracterizada por cambios, en lugar de las permanencias que caracterizaba la sociedad tradicional. Solamente en ese tipo de contorno social se permiten «autonomous adventures» (aventuras autónomas) como la autobiografía¹⁸. Después de trazar una línea entre el Romanticismo y la autobiografía, Gusdorf afirma que hay «a romantic life style», y luego añade que en ese «life style», la vida, el trabajo y la autobiografía forman una sola y unida afirmación¹⁹. Con lo aficionado que era Sarmiento a todo lo europeo tocante a la cultura y la literatura, sin duda sabía algo sobre ese «life style». Casi no cabe duda de que la literatura política de los románticos europeos le sirvió de ejemplo, y que en la debida forma se modeló a sí mismo y a la visión del mundo que está implícita en el texto. Igual que en la descripción del lugar de la autobiografía como parte del *life style* romántico, para Sarmiento el esfuerzo de escribirse representa una extensión de los otros propósitos de su vida; al escribirse se realiza en palabras y ejemplo la visión de su potencia y de la posibilidad futura de su país. No debe olvidarse tampoco que Sarmiento ya había luchado por estas causas, personales y políticas, y que por ellas había tenido que exiliarse.

Por otro lado, la despersonalización, con sus implicaciones para el concepto de la naturaleza moldeable del ser humano, además de representar un 'precio' político inevitable y reconocido por Sarmiento, también indica que él llegó a las mismas conclusiones sobre el yo que Elizabeth

¹⁸ Georges Gusdorf, «Conditions and Limits of Autobiography», en *Autobiography Essays. Theoretical and Practical*, ed. y trad. de James Olney (Princeton: Princeton University Press, 1980), pp. 31 y 48.

¹⁹ Gusdorf, p. 48.

Bruss usa para concluir su introducción a *Autobiographical Acts*. Bruss concluye que, como se sugiere en la *Lolita* de Nabokov, ningún escritor de autobiografía debe escribirse sin saber cuánta ficción está implícita en el concepto del yo²⁰. A mi ver, su conclusión no está muy lejos de la opinión de Gusdorf sobre la autobiografía como creación de «cuentos míticos» que reemplazan a los mitos de la sociedad tradicional. En las ideas sobre la autobiografía de ambos escritores, y en sus conceptos del tipo de introspección que esa literatura requiere, se da la necesidad de una libertad personal de definir el yo independientemente de los modelos recibidos. *Facundo*, un texto previo para comprender la autorrepresentación de Sarmiento en *Recuerdos de provincia*, incluye en su caracterización del caudillo-juez una personificación de esta capacidad de forjar de otra manera las estructuras discursivas de la sociedad con el fin de beneficiarse y apoyar su autoridad política: «El caudillo argentino es un Mahoma, que pudiera, a su antojo, cambiar la religión dominante y forjar una nueva»²¹.

El «cuento mítico» que Sarmiento se edifica en *Recuerdos de provincia* es, sin duda, más grandioso que el de la tiranía mezquina del caudillo gaucho que critica en *Facundo*. Y, sin embargo, el texto que escribe para realizar su proyecto personal y político implica que él fundamenta sus esperanzas políticas sobre un realismo influido por la observación de los caudillos como Rosas, a pesar de todo el desprecio que siente por tales «bárbaros». Después de recrear la historia argentina en su propia imagen, una prefiguración del futuro presidente, Sarmiento se arroga el lugar preparado diciendo: «A mi progenie me sucedo yo» (RP, p. 119). La prefiguración de sí en el desarrollo nacional se realiza tan imperativamente en el texto de Sarmiento como podría esperarse en el caso de cualquier otro caudillo bárbaro que reescribe la historia. Postulado como el heredero de lo mejor de la tradición argentina (la *nueva* tradición, por supuesto), Sarmiento se hace lucir como el cumplimiento previsto, lógico y necesario del pasado nacional y no, como han escrito Altamirano y Sarlo, como un «revolucionario desarraigado»²². Así, Sarmiento se prepara una estructura mítica y la asume cómodamente, ya que desde el principio se había construido sobre su propia imagen idealizada²³.

²⁰ Elizabeth Bruss, *Autobiographical Acts* (Baltimore: The Johns Hopkins University Press, 1976), p. 18.

²¹ *Facundo*, p. 60.

²² Altamirano y Sarlo, p. 44.

²³ En esta misma página Sarmiento describe la autoridad del juez de una manera que podría aplicarse al tono que él mismo asume en *Recuerdos de provincia*: «El juez se hace temible, su autoridad, su juicio sin formas, su sentencia, un yo lo mando

En una autodefensa más temprana que *Recuerdos de provincia*, «Mi defensa», Sarmiento dice que «todo se personifica en el mundo»²⁴. Ya en ese texto se ve el mismo tipo de subjetivación de la realidad objetiva que se usa en *Recuerdos de provincia*. Visto desde una perspectiva que quiere conservar la autonomía de la persona, el peligro de esta personificación revolucionaria de la realidad es la despersonalización del yo junto con la del otro. Pues si el otro puede manipularse para cumplir la voluntad del yo, luego el yo también puede ser manipulado por otros. Y la única realidad objetiva que cuenta es la de la comunidad, en su interacción de voluntades competitivas, que quieren todos imponer su visión del mundo como debe ser, sin demasiada preocupación por cómo es ahora o cómo ha sido hasta ahora. 'Ser' ya no tiene un sentido de permanencia o de esencia. Desde ahora en adelante, siempre va a tener esas comillas de lo provisorio, de la representación, de la ficción. Este es un concepto del mundo que se revela como un concepto político por excelencia. Y si Sarmiento se define en tal contorno, no sorprende que su acto autobiográfico esté tan íntimamente vinculado a sus propósitos políticos. Un yo que se define en el ambiente desnaturalizado de la política (como el mundo despersonalizado de Sarmiento) es así blanco y vacío por esencia; se presta fácilmente a integrar las formas del otro que pueda utilizar en su plan político para el futuro.

De esta manera de ver los efectos despersonalizadores sobre el otro y sobre el yo en la personificación autobiográfica, el lector entiende que la autorrepresentación de Sarmiento pretende ser un medio eficaz para la política personal del autor. La imagen que escoge Sarmiento en su autorrepresentación —la de la Argentina ilustrada— implica que, así como el yo escoge su forma en el mundo moderno, en este caso una forma política, así también la comunidad puede formarse de nuevo según ese mismo concepto revolucionario. El cambio imaginativo que se efectúa en las páginas de su autorrepresentación también puede efectuarse en el del lector. Eso es lo que espera hacer Sarmiento. Y lo hace en su texto, callando y exponiendo al mismo tiempo el precio del proyecto: la despersonalización del yo y del otro, la enajenación del yo personal en un 'yo' nacional. Algunos, como Lejeune, tal vez se empeñen en afirmar que la realidad extra-textual entra en la literatura y en la ficción mimética con la referencialidad explícita del nombre propio mediante el género autobiográfico. Pero *Re-*

y sus castigos, inventados por él mismo» (*Facundo*, p. 60). *Recuerdos de provincia* implica una transposición de tal concepto del poder indígena de los caudillos hacia el discurso universal del progreso ilustrado que inspiraba a Sarmiento.

²⁴ D. F. Sarmiento, «Mi defensa», en *Recuerdos de provincia* (Buenos Aires: Troquel, 1964), p. 30.

cuertos de provincia, de Sarmiento, con su enlace entre la acción política y la autorrepresentación y la redefinición resultante de un 'yo', que es una ficción definida por necesidades políticas, se basa en el presupuesto contrario. Lo que se advierte en el texto autobiográfico de Sarmiento es que la ficción y el potencial de la voluntad humana para la creación y el control de los 'accidentes' del otro pasan por el espacio de la literatura mimética y entran en el mundo real, el mundo «real» de la política.